

EL "PRIMER DICCIONARIO HEBREO - ESPAÑOL",  
DE GARCIA BLANCO \*

DESDE que don Marcelino Menéndez y Pelayo hiciera el elogio fúnebre del que fue su maestro de Lengua Hebrea<sup>1</sup>, apenas nadie ha considerado atentamente la obra de Antonio M.<sup>a</sup> García Blanco, que estuvo nombrado sustituto para la cátedra de Hebreo de Granada cuando contaba 22 años (a la que no llegó a incorporarse por fuerza mayor); que obtuvo y desempeñó la de Sevilla desde 1833 a 1836; y que desde 1837 hasta su jubilación fue catedrático de esta asignatura en la Universidad de Madrid. Creemos que el sepulcro de García Blanco se selló no hace más que ochenta años con el peso de unas razones que no han podido levantar algunos velados e imparciales recuerdos. "Español de pies a cabeza", "masoreta redivivo", fanático por el estudio y divulgación de la Lengua Santa; creador de una escuela que llega hasta nuestros días depurada de superfluidades, el Padre García Blanco llenó con su docencia más de medio siglo, entusiasmó a centenares de discípulos, estimuló a la creación de innumerables obras de contenido bíblico, hebraico y judaico; y, sin embargo, un silencio incomprensible ha recaído sobre su nombre.

---

\* Comunicación para la *Primera Conferencia Internacional de Lengua y Cultura Hebrea en las Universidades Latinoamericanas*, que se celebrará en la ciudad de Rosario (Argentina), durante los días 24, 25 y 26 de agosto de 1971.

<sup>1</sup> *Discurso en la inauguración del curso académico de 1889 a 1890, en la Universidad Central. Madrid, 1889, págs. 13-18.*

Todo lo que más concretamente se sabe sobre su vida y trabajos fue dicho por él mismo en 1851 y 1869<sup>2</sup>. De sus obras impresas la más conocida fue el *Diqdûq*, publicado en Madrid en fechas e imprentas distintas<sup>3</sup>; lo demás que se imprimió fue una traducción de los Salmos o *Nuevo Salterio de David*<sup>4</sup>, su breve autobiografía<sup>5</sup>, una segunda edición resumida del *Diqdûq*<sup>6</sup>; algunas conferencias circunstanciales, y la obra póstuma, filosófica más que biográfica, *Oración de un muerto en el día de su entierro*<sup>7</sup>. Se sabe que tradujo el *Pentateuco* al español, pero que, “para evitar mayores males”, tuvo “que condescender con que se inutilizase el libro”. Muy poco más se conoce hasta el momento sobre el resto de su obra<sup>8</sup>, porque las fichas recogidas por enciclopedias generales se transmiten unas a otras los errores y lagunas que algún día intentaremos esclarecer.

### 1. *Difícil encargo*

Antonio M.<sup>a</sup> García Blanco vivió durante casi todo el accidentado siglo XIX español (1800-1889), integrado en el pueblo

<sup>2</sup> En el *Diqdûq*, 3.<sup>a</sup> parte, págs. 479-503; y en la *Biografía... escrita por sí mismo*.

<sup>3</sup> *Diqdûq. Análisis filosófico de la Escritura y Lengua Hebrea*. 1.<sup>a</sup> parte: 1846. Imprenta de Eusebio Aguado. 284 y 60 págs. 2.<sup>a</sup>: 1848. Imprenta de José Félix Palacios. 470 págs. 3.<sup>a</sup>: 1851. Imprenta de la viuda de José Vázquez e hijos. 612 págs. En la obra incluye una traducción de las *Lamentaciones de Jeremías*, que la misma imprenta reeditaré en 1851.

<sup>4</sup> *Nuevo Salterio de David*. Madrid, 1869, 626 págs. 4.<sup>o</sup>.

<sup>5</sup> *Biografía de don Antonio María García Blanco, escrita por sí mismo, o sea Historia compendiada de los conocimientos hebreos en España*. Imprenta de Tomás Rey y compañía. Madrid, 1869. 43 págs. 4.<sup>o</sup>

<sup>6</sup> *El análisis filosófico de la Escritura y Lengua hebreas, del Excmo. Sr. Dr. D. Antonio María García Blanco, Presbítero, Catedrático jubilado de la Universidad Central, arreglado para uso de los seminarios y universidades del Reino por el Dr. D. Francisco Mateo Gago*. Pbro., Catedrático de esta asignatura en la Universidad Literaria de Sevilla, 1882. 316 págs. 4.<sup>o</sup>. En el mismo volumen y como complemento, se incluye el *Texto hebreo de los libros santos el Génesis* (págs. 1-88) y los *Salmos* (págs. 993-1091), según la edición de Hahn. Sevilla, 1883.

<sup>7</sup> Osuna, 1889, 64 págs.

<sup>8</sup> Vid. los datos aportados por Mayer Kayserling, en su *Biblioteca española-portuguesa-judaica* (Strasburg, 1890, pág. 49), a propósito de los manuscritos presentados por García Blanco en la Exposición Universal de Viena, en 1873.

e incorporado lealmente al sentimiento progresista que encarnaba la personalidad del general Espartero (1793-1879). La contemporaneidad de ambos, nos hace pensar que el Sacerdote hacía suyos los pequeños o grandes fracasos políticos del General. Tras el bienio progresista de 1854-1856, que significó el precedente de la revolución de 1869, Espartero, sin despedirse de nadie, se retiró a Logroño para no salir de allí durante el resto de su vida.

No está demostrado si el vuelco político de 1856 pudo afectar directamente a García Blanco; pero, al menos, hubo de sentir el peso de las consecuencias, porque el luchador incansable por el hebraísmo y una Biblia de alcance popular recibió en 1859 el pláceme para encerrarse en Osuna, su ciudad natal, quizá con el mismo propósito que Espartero. Su propia justificación fue:

Por lo que respecta a mí, no he podido hacer más (en cuanto a la enseñanza de la lengua hebrea). El Gobierno, que me auxilió para escribir dicha obra (el *Diqdúq*), y que me siguió dispensando honores y medios para continuar los estudios, me encargó, por último, la formación de un *Diccionario Hebreo-Español*, dispensándome por esto de la asistencia a la Cátedra, *con objeto de que recuperase mi salud* <sup>9</sup>.

Aquel alejamiento de Madrid no obedecía a la simpleza de componer el *Diccionario*, ni al pueril recurso de recuperar su salud. Nuestro hebraísta no era anciano todavía ni estaba realmente enfermo; más bien se sentiría, como el Regente, sin ánimo para seguir luchando, incomprendido e inocente en gran medida.

Sobre aquella "licencia por enfermedad" dijo el mismo Menéndez y Pelayo: "A García Blanco se le alejó de Madrid, con la comisión de escribir un *Diccionario hebraico-español*" <sup>10</sup>. El encargo gubernativo llegó para dar satisfacción a los proyectos del autor, que se había propuesto dotar al mundo culto de tres elementos de trabajo fundamentales: *una Gramática hebrea en*

<sup>9</sup> *Biografía*, 1869, págs. 34-35.

<sup>10</sup> *Historia de los heterodoxos españoles*. Madrid, 1881, t. III, pág. 746.

*español*, que ya había culminado con el *Diqdûq*; una traducción de la Biblia, a base del original hebreo<sup>11</sup>; y componer un *Diccionario hebreo-español* que fuese el primero en nuestro idioma. *La dispensa de asistir a la Cátedra* le facilitaba ocasión para acometer esta última empresa; aunque por parte del Gobierno, el ingenioso político que sugirió el encargo, sabía muy bien la categoría de castigo que encierra la confección de un diccionario de esta envergadura a un solo hombre, como ya señaló Escalígero. Por eso, cuando nueve años después regrese a Madrid, el comisionado sevillano sólo pudo completar aquella noticia con no grandes esperanzas:

...con objeto de que recuperase mi salud. Pero lo quebrantado de ésta, mi edad y las vicisitudes políticas que han trabajado al Reino, *no me han dejado adelantar en la obra tanto como yo quisiera*. No obstante, con la ayuda de Dios, espero poder darla al público no muy tarde; y entonces puede decirse que dejamos asegurado en España el estudio y cultivo del hebreo<sup>12</sup>.

No había podido hacer más que empezarla.

## 2. Noticias sobre el "Diccionario"

Coincidiendo con otro vuelco político, García Blanco regresó a Madrid en 1868, probablemente al amparo del valimiento de sus antiguos discípulos, que serían ministros, presidentes de los altos órganos del país, rectores de la cultura y de la enseñanza; y él mismo, Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de aquella Universidad hasta su jubilación definitiva, en 1876. Tras este periodo de satisfacciones personales, volverá nuevamente a Andalucía para saborear de su "cansada vejez" y continuar aquella incansable tarea docente y literaria, hasta su fallecimiento, trece años después. Con este motivo, Menéndez

<sup>11</sup> Encontró siempre tantas y tales trabas para publicar sus traducciones de la Biblia, que solamente nos ha llegado de algunos libros, porque su criterio *radicalista* fue entonces, y aún hoy, inadmisibles en su totalidad.

<sup>12</sup> *Biografía*, pág. 35.

y Pelayo pudo terminar la evocación fúnebre del maestro pidiendo a la Universidad que "interponga su poderosa mediación para que salga pronto de la obscuridad el primer *Diccionario Hebreo-Español*, que García Blanco dejó terminado después de largos años de labor, por encargo y comisión expresa del Gobierno"<sup>13</sup>. Según Menéndez y Pelayo, pues, el *Diccionario* estaba terminado en 1889, aunque no le había visto ni conocía de él ninguna particularidad. La misma mención recogió poco después un sucesor en la cátedra de Lengua Hebrea de Madrid<sup>14</sup>.

Así quedaron, a lo que parece, las ilusiones y esfuerzo de nuestro hebraísta, sin que nadie vuelva a recordarle especialmente, hasta que en el primer cuarto de nuestro siglo aparezca su ficha biográfica en el *Diccionario de escritores, maestros y oradores de Sevilla y su actual provincia*, escrito por Mario Méndez Bejarano<sup>15</sup>, que le había conocido personalmente y que, a pesar de todo, silenció ya la existencia del *Diccionario* en cuestión. En este punto comenzó el desconcierto en torno a García Blanco y la obra que nos ocupa, porque a continuación la famosa *Enciclopedia Espasa*<sup>16</sup> y sus imitadores, así como la biografía recogida por Pilar Parra Garrigues<sup>17</sup>, todos han añadido gratuitamente a aquellos datos una afirmación injustificada: *Dejó sin terminar un Diccionario hebreo-español*.

De esta manera, a pesar de los testimonios de Menéndez y Pelayo y Viscasillas, tan próximos al maestro de los hebraístas españoles del siglo pasado, al no divulgar nadie la noticia concreta sobre tan esperada obra, quedaba para la posteridad el

<sup>13</sup> *Discurso* citado, pág. 18.

<sup>14</sup> En la *Reseña histórica* de la *Nueva Gramática Hebrea, comparada con otras semíticas* (Madrid, 1895, pág. CX), Mariano Viscasillas y Urriza dice que García Blanco «dejó también terminados los trabajos para la publicación de un diccionario manual hebreo-español, primera obra de esa especie que se habría publicado entre nosotros, aunque no vio la luz pública por no haber logrado protección oficial para sufragar los crecidos gastos a ello inherentes, no obstante la Comisión que el Gobierno les confiara para dedicarse a tal trabajo».

<sup>15</sup> Sevilla, 1922. Tomo I, ficha núm. 962, págs. 225-226.

<sup>16</sup> *Enciclopedia universal ilustrada europeo-americana*. Hijos de J. Espasa. Barcelona, 1924, tomo XXV, pág. 774.

<sup>17</sup> *Historial de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid. Ensayo bio-bibliográfico*. Madrid, 1956, págs. 210-211.

laborioso y contradictorio García Blanco sin la justicia merecida en una tarea puramente intelectual, y continúa su *Diccionario* como inconcluso o inexistente hasta el momento.

### 3. *Los manuscritos de García Blanco*

La obra más encarecida por el autor en su *Biografía* fue *Antídoto contra la muerte*, cuyo manuscrito original nos cupo la satisfacción de encontrar y de dar a la imprenta su noticia<sup>18</sup>. Más recientemente, con nuestro maestro de Lengua Hebrea, el doctor don David Gonzalo Maeso, iniciamos la búsqueda de un diccionario hebreo-español, que alguien le enseñara hace años como el escrito por García Blanco. Las características del trabajo que él vio en 1950 —*un gran volumen de folios mecanografiados*, con las palabras y frases hebreas manuscritas—, no le hicieron parar más detenidamente su atención en el asunto, porque lo que su propietario presentaba y se proponía editar no tenía visos de total autenticidad. Pero al aparecer ahora el *Antídoto contra la muerte*, nos hizo suponer, de común acuerdo, que pudieran las restantes obras inéditas de García Blanco encontrarse en algún lugar próximo a nosotros.

Por consiguiente, en la primavera del actual año de 1971 iniciamos las gestiones para enlazar con personas que tuvieron noticia del *Diccionario mecanografiado* de veinte años atrás. Una vez más la amistad rindió sus frutos. Un sacerdote de esta ciudad, don Antonio Espigares, nos informó que él recordaba haber visto también el Diccionario; que su propietario había fallecido en 1952, y que desconocía si una hija de aquél conservaría todas las pertenencias de su difunto padre. El citado padre Espigares llevó con tanta precisión las gestiones subsiguientes, que días después nos proporcionaba una visita a la heredera del que fue Magistrado en la Audiencia de Granada, don Manuel Mesa y Chaix.

Que nuestra suposición era acertada se confirmó cuando, tras la amable acogida de la señorita Mesa, ésta demostró es-

<sup>18</sup> «*Antídoto contra la muerte*», obra filosófica inédita del hebraísta Antonio María García Blanco; artículo de P.P.R. en MISCELÁNEA DE ESTUDIOS ÁRABES Y HEBRAICOS, de la Universidad de Granada, vol. XVI-XVII, fasc. 2.º Granada, 1967-1968, págs. 115-137.

tar bien informada de la personalidad de García Blanco por haber escuchado a su padre decir insistentemente que él había sido su último discípulo, que recibió el legado de todas sus obras inéditas y de muchas pertenencias personales. A poco de nuestra conversación había ante nuestra vista varias carpetas que lucían la ya inconfundible caligrafía de García Blanco<sup>19</sup>; y con ellas, las fotografías que nos permitían conocer el aspecto personal de nuestro autor. Allí estaba el *Diccionario mecanografiado* que había visto el doctor Gonzalo Maeso y, junto a él, los dos tomos bien encuadernados que comprendía el original, autenticado con la fecha y la firma de García Blanco. El primero había sido preparado por el Sr. Mesa después de su jubilación, para ver de publicarle y cumplir el encargo personal del maestro.

El material encontrado últimamente nos ilustra sobre muchas facetas de la personalidad de García Blanco, ignorado a conciencia u oculto hasta ahora por temores diversos. Cierto que mantuvo desde su juventud criterios avanzadísimos para aquel tiempo<sup>20</sup>; su condición de sacerdote le enfrentó a determinados sectores y estuvo a pique de sufrir persecución. De todo hubo en su vida, que Dios conservó hasta casi los noventa años para "ver las cosas y decirlas como ellas son, sin más cara ni disfraces; lo blanco, blanco; lo negro, negro"<sup>21</sup>. Y para ver terminada su obra más definitiva.

#### 4. *Primer Diccionario Hebreo-Español*

Entre los dos millares de cuartillas que contienen la parte más importante de la obra inédita del autor, destacan por su volumen los dos tomos, en perfecto estado de conservación, del *PRIMER DICCIONARIO HEBREO-ESPAÑOL*, original de el (sic) Dr. D. Antonio M.<sup>a</sup> García Blanco, catedrático jubilado de lengua hebrea de la Universidad Central, que firmó y fechó en

<sup>19</sup> Entre muchos apuntes personales, cartas y datos, encontramos hasta cincuenta títulos de obras concluidas o solamente iniciadas por García Blanco, destacando por su volumen *Las mil y más verdades incontestables*, sus primeras conferencias, una traducción y glosa del Libro de Job y el Dodecálogo de la Ley Natural.

<sup>20</sup> Vid. *Historia de los heterodoxos españoles*, t. III, págs. 611-614.

<sup>21</sup> *Las mil y más verdades incontestables*. Manuscrito de 1877-1882.

*Osuna a 18 de julio de 1884.* Ciertamente había concluido, veinticinco años después<sup>22</sup>, el encargo que le hiciera el Gobierno, como fruto de incesante labor y espíritu de superación para llenar él solo un vacío en el hebraísmo para la docencia en lengua española.

El conjunto de este *Diccionario* consta de unas 450 hojas tamaño 32 × 22 cm. (además de algunas notas intercaladas y sueltas), encuadernadas en dos tomos, de papel semibarba bastante fino, rayado en azul, con una caligrafía y presentación muy cuidadas, y marginación regular en todas sus hojas<sup>23</sup>. El primer tomo contiene hasta la letra *lāmed*; el segundo, lo restante, con un balance léxico recogido en índice aparte de este modo:

א, 854; ב, 370; ג, 365; ד, 270; ה, 190; ו, 20; ז, 205; ח, 650; ט, 115; י, 575;  
 כ, 375; ל, 234; מ, 1.000; נ, 500; ס, 300; ע, 750; פ, 430; צ, 350; ק, 360;  
 ר, 475; ש, 950; ת, 370;

y un total de 9.708 palabras; a las que hay que añadir otras comprendidas en notas, además de las raíces de aquéllas y múltiples frases, que elevan hasta más de 20.000 las palabras hebreas empleadas en el mismo.

Campean en el *Diccionario*, naturalmente, los criterios particulares que caracterizan al García Blanco hebraísta, como síntesis de los esfuerzos de toda su vida. El estudio detenido de esta obra requiere mayor espacio que el que ahora podemos dedicarle; pero como ilustración sobre su planteamiento y fundamento de nuestras notas, ofrecemos íntegra la *Introducción* de este *Diccionario*.

<sup>22</sup> El sabio iniciador de la famosa familia de hebraístas de la Universidad de Basilea, Juan Buxtorf, según propio testimonio, había tardado *opus XXX annorum* en su *Lexicon Hebraicum et Chaldaicum* (1615), algunos más de los que ocupase a García Blanco el suyo.

<sup>23</sup> A la izquierda de cada folio ofrece márgenes de tres cms., donde van las palabras hebreas por riguroso orden alfabético; y a la derecha, un centímetro de margen en blanco. En la vuelta de los folios deja unos dos centímetros a la izquierda, donde van las palabras hebreas, y tres a la derecha en blanco.



## 5. [Planteamiento de la obra]

Al entrar en el vastísimo campo de la Lexicología hebraica, dos escuelas igualmente antiguas e igualmente respetables salen al encuentro de quien procura internarse en los orígenes, incremento y defectos del lenguaje. La una quisiera desentrañar la formación y estructura de las palabras, desenvolviendo sus principios, componentes, a saber, las primeras y más naturales articulaciones de la boca que habla las necesarias manifestaciones del hombre que piensa, las sucesivas necesidades viscerales, individuales, sociales y religiosas que le asaltan; todo ello expresado con claridad, con verdad y con razón. La otra escuela, curándose poco de estos naturales orígenes de la palabra, se dirige desde luego a la etimología de ella, a su analogía con otra y otras lenguas y a los vocablos con que ellas expresaron lo que en un principio no pudo menos de ser naturalísimo e hijo de la razón y de la necesidad. La una escuela quisiera hallar en todo razón, en todo verdad, en nada convención ni capricho; la otra mira a éste y a ésta como la fuente de los distintos sonidos que articula el hombre; compara los primitivos o primordiales con los coetáneos y secundarios, terciarios o de aluvión; su marcha es empírica y sólo sabe decir que el hombre habla porque habló, y sus sucesores hablaron por imitación, por mero servilismo, de suerte que no hay más modo de entrar en Lexicología que consultando la rutina, que preguntando al caldeo, al asisio, al árabe o persa lo que dijeron y acaso no entendieron ni ellos ni los hebreos.

Estas dos escuelas, *radicalista* —pudiéramos decir— la una, y *etimologista*, la otra, se disputaron por mucho tiempo el campo lexicológico, hasta que después de los Quinjís y Aben-Ezra, y después de San Jerónimo, que todavía alcanzó algo de la ideología de las letras primitivas y de la razón de ser de la palabra oriental, predominó la especulativa, la arbitrariedad occidental, sobre la razón y la verdad del Oriente. Entendióse y

tradújose la Biblia como la entendieron y tradujeron, por mera tradición, los rabíes o maestros de Jerusalem y Babilonia; el Caldeo dio la norma para entender el Hebreo; el Arabe declaró anacronismos todo lo que no entendía ni supo imitar siquiera; y así estuvo el estudio filológico por siglos y siglos, hasta que Holanda y Bélgica y los países occidentales, y la India principalmente, con su sánscrito, y aun la Grecia y Alemania, procuraron entender los libros santos.

A la restauración de los estudios orientales contribuyeron admirablemente Bélgica y Alemania; pero aun en estos mismos emporios de las ciencias y la literatura, asomaron la cabeza muy pronto las dos escuela antes referidas: Schultens (Alberto y Juan), Leusden, Robertson, Deuz y Eschroeder por una parte, y Forster, Boholio, Guseti, Neuman y Losscher por otra, resucitaron las antiguas antiquísimas contiendas de racionalistas y empíricos. Los *racionalistas* dieron sus teorías sobre la ideología de las letras, su natural combinación, las raíces de la palabra, sus cepas y ramas, su fruto natural y su hoja o adorno; los *etimologistas* estudiaron mucho Arabe, mucho Arameo, mucho Caldeo y leyeron mucho el Talmud y el Targum y los Expositores y Comentaristas bíblicos, y de todo ello sacaron su doctrina.

¿Cuál, pues, debió ser mi conducta al escribir un *Diccionario Hebreo-Español*? ¿Escoger el mejor que me pareciera de los modernos y copiarle? ¿Declararme etimologista puro y seguir la doctrina de Fürstio y Gesenio, de Winer o Leopoldo; o declararme radicalista Loeschiano, Boholiano o, como Neuman y Guseti, entrarme por el sistema radicalístico y racionalista en absoluto? Estas fueron mis dudas al principio, pues ni quería ser *servil* ni *radicalista* filológico; híceme ecléctico, porque lo mismo en la una escuela que en la otra vi verdad, vi progreso literario, veo ciencia; y he aquí el camino que emprendí: Dar a cada raíz la acepción o acepciones que da su etimología, y analogía, que dan

los lexicógrafos más aventajados, y sobre éstos y en los casos de duda, apelar a la ideología de las letras hebreas para confirmar o descubrir la genuina significación de la palabra.

Otra gran cuestión filológica se me ofrecía, al fijar la marcha que habría yo de seguir y los procedimientos lexicológicos. ¿Son los nombres los que dieron origen a los verbos en hebreo, o viceversa? ¿Hay que buscar la significación primordial y fundamental de una stirpe en el nombre que expresó primero la cosa, o en el verbo que fijó y a la cosa misma, siendo u obrando, de presente, de pretérito o futuro? ¿Son los nombres hebreos *verbales*, o los verbos *denominativos*? Esta cuestión me entretuvo al principio mucho tiempo, hasta que me convencí de que en Hebreo no todos los nombres son *verbales*, ni todos los verbos *nominales*; o, por lo menos, que si fue lo uno o lo otro, en la Biblia, en los Libros Bíblicos, se hallan verbos que no se sabe de qué nombres salieron y nombres cuya raíz *verbal* se desconoce. Hubo, en mi concepto, *nombres primitivos* y *verbos primitivos*, cuya primaria o fundamental acepción sólo se halla confirmada, o al menos vislumbrada, en el Caldeo, en el Arabe, en el Siríaco o Arameo; mas que para llegar a su legítima y original significación, hay que salirse de la Biblia, hay que apelar a otra escuela que no sea el simple arameísmo o arabismo, el Talmud y los Targumistas. He aquí otro caso en que me fue preciso saltar de la escuela Schultensiana o la Loescheriana; mas con ésta triunfé siempre de la incertidumbre y de la duda.

Llegué, por último, a la parte gramatical, por decirlo así, que interviene en la Lexicología, en la formación gramatical de las palabras; vi constantemente la necesidad de dar nombre a las letras y reconocer su oficio de *preformativas* o *aformativas*, de *afijas* o *prefijas*, de *radicales* o *serviles*, de *pleonásticas* o *necesarias*; observé la variación que introduce una letra *ehemántica* en un nombre dado, una *aytan* en un verbo, una *moscheh*

*wcaleb*<sup>24</sup> en un nombre, verbo o partícula, una *auyon* paragógica, epentética o protética, y dije muchas veces: ¿Qué fue primero: esta componente, o el compuesto? ¿Esta figura o letra llamándose *aleph*, *bheth*, *ghimel*, etc., o estos nombres que empiezan con letra *aleph*, *bheth*, *ghimel*, etc., los más adecuados a la figura, uso gramatical y valor fonético, nominal, ideológico o aritmético de ella? ¿Qué fue primero: la letra *aleph*, o el nombre de esa letra que se llama *aleph* y que empieza con letra *aleph*? ¿Qué fue lo primero: la letra *ghimel* = *camello*, o el camello, que se escribe con *ghimel* y tiene figura de un camello en jeroglífico, y vale para la pronunciación aquel mismo anhelo que tiene el camello mientras se le carga?

Con éstas y otras preguntas semejantes, que son innumerables en Hebreo, he llamado muchísimas veces la atención del hebraísta y le habré hecho confesar que la lengua es de creación, pues que sólo en una lengua original es donde caben estas preguntas.

#### 6. [Criterio filológico]

Así he dirigido la parte formal, por decirlo así, de este *Diccionario*; la material no me ha ofrecido menos dificultades y menos innovaciones; porque, lo mismo que en la anterior, veía yo y veo en los lexiconistas suma variedad y suma necesidad de nuevas vías para llegar a un término feliz; yo veo a lexicógrafos muy eruditos, muy competentes, divagar en sus planes lexicológicos de un modo irreconciliable; y unos buscando la raíz y partiendo de ella, la hacen cabeza de una serie de derivados y compuestos, de palabras aumentadas y recortadas que con suma dificultad puede el que estudia hebreo dar con la voz cuyo significado necesita; mien-

<sup>24</sup> Vamos transcribiendo los párrafos de esta *Introducción al Diccionario Hebreo-Español* con los mismos términos empleados por el autor, pese a que los criterios de transcripción difieren de los generalizados actualmente. El atento lector deducirá en cada caso a los grupos de letras que se está refiriendo.

tras que otros siguen constantemente el orden alfabético y sin curarse de que una palabra sea primitiva o derivada, que sea originaria de verbo א"פ או א"ע, de verbo פ"י או ע"י או ע"ו, de verbo duplicante o verbo ה"ל, sin fijar el origen de la palabra, quieren fijar su significado.

Los casuístas lexicólogos, como los casuístas en moral y los médicos empíricos, proceden al acaso; no miran a la causa predisponente del fenómeno, del suceso o de la enfermedad; no computan las circunstancias y sus alcances; no ven, por ejemplo, la nueva fase que toma una palabra *ehemántica* respecto de la misma *segolada* o *constructa*; casi no reparan en si es masculina o femenina, siendo nombre, o si lleva *aformativa* o *preformativa*, *afija* o *prefija*, siendo nombre, verbo o partícula; no miran al número gramatical, como no han mirado al género, a la aposición, concordancia o régimen en que pueda hallarse una voz; cuanto menos contarán las palabras, para dar otras tantas y no más, como dejó sabiamente preceptuado Fr. Luis de León en el prólogo de su *Traducción y declaración del Cantar de los Cantares de Salomón*<sup>25</sup>; en una palabra, un diccionario hebreo (sin escándalo sea dicho) no sirve para traducir al Griego, al Latín, al Francés o Inglés, ni mucho menos al Alemán; sirve para ostentar el autor su erudición, sus conocimientos filológicos, su modo de sentir y de ver una locución hebrea, un giro, una frase; mas no es ni puede llamarse su libro en buena lógica *Vocabulario*; será, cuando más, un buen *Diccionario*, un *Exegeta* cumplido.

Y, ¿qué hacer yo en este laberinto? Ah!, mi procedimiento es muy natural y muy sencillo. Tomo y sigo constantemente el orden *alefático* o alfabético, so pena

---

<sup>25</sup> «El que traslada ha de ser fiel y cabal, y si fuere posible, contar las palabras, para »dar otras tantas, y no más, de la misma manera, cualidad, y condición y variedad de »significaciones que los originales tienen, sin limitallas a su propio sonido y parecer».

de cometer algunas repeticiones; mis palabras van todas en el indicado orden, según las letras de que pueden resultar formadas; a cada simple o primitiva le pongo la nota de tal; a las compuestas o derivadas las declaro tales, poniendo a continuación la raíz o las simples de que se formara; al singular lo traduzco por singular; al plural, por plural; al masculino le doy significado masculino; femenino al femenino; sustantivo a uno; adjetivo a otro; y, siempre que puedo, anteponiendo a las demás la palabra española que lleva las mismas letras que la hebrea con tal que sus significados no difieran absolutamente.

De aquí resulta suma facilidad de retener significados para el que aprende; innumerables orígenes castellanos, latinos, griegos, y aun sánscritos y árabes, para el erudito; adecuada traducción de una lengua de Oriente a una meridional como la nuestra; mistificación de muchísimas voces y locuciones vulgares, que en vano desconoce o desdeña nuestra Academia de la Lengua; paralelismo admirable del Hebreo y el Español<sup>26</sup>; vestigios irrecusables de locuciones orientales en modismos, frases y locuciones científicas tenidas por propias de las ciencias y maneras de Occidente; barbarismos desterrados a cada paso; arcaísmos innecesarios sin número; orden en las ideas; y justicia en los procedimientos. Estas son las primeras consecuencias del método que seguimos en nuestro *Diccionario*.

Para justificar después la equivalencia que doy a muchas palabras, me valgo del Caldeo o del Arabe, lenguas coetáneas, o filiaciones del Hebreo, y que de algún modo conozco, aunque poco; porque, ¿quién duda que por el

---

<sup>26</sup> García Blanco insistió siempre en señalar las múltiples coincidencias gramaticales entre la lengua hebrea y la castellana (Cf. *Diqdûq*, 2.<sup>a</sup> parte, págs. 79-80, «de todas las lenguas a que puede traducirse mejor un escrito hebreo no hay ninguna que iguale a la española»; y Observación 4.<sup>a</sup> del *Nuevo Salterio de David*, págs. 611-616: «Ventajas de la lengua castellana para traducir a ella cualquier escrito hebreo»). Por lo demás, sostuvieron anteriormente este criterio Quevedo y Fray Luis de León, entre otros menos destacados literatos y sabios españoles.

carácter y condiciones del hijo o del contemporáneo se viene muchas veces en conocimiento de las condiciones y carácter del padre o del que vivió y acompañó toda su vida al amigo?

Para el mismo fin, doy a cada vocablo hebreo toda la sinonimia que me ha sido posible, procurando siempre dar la preferencia a las voces que tienen las mismas radicales que la hebrea<sup>27</sup>, para auxilio de la memoria y para que, con el tiempo, puedan servir tal vez a la formación de un *Diccionario Etimológico de la Lengua Española*, como parece que intenta la Academia. Mas en esta sinonimia procuro siempre guardar el más severo orden lógico, que, a lo que yo alcanzo, sólo Juan Simonis pudo seguir, en su *Lexicon (manuale) Hebraicum et Chaldaicum*.

Con este mismo fin, y porque quiero que el libro sirva igualmente a los hebraizantes que a los filólogos en general, he hecho notar, siempre que he podido, los orígenes, ciertos unas veces, probables otras, y otras, en fin, posibles, de muchas voces latinas y españolas que desconocieron Monlau, Barcia, y aun el autor del *Vocabulario Matriz de la Lengua Castellana*, que inició mi querido discípulo Baralt, con tan poca fortuna como días de vida le quedaban. Y no se incurra tampoco en el error de remitir exclusivamente al Arabe para la explicación de muchas palabras españolas, porque sean evidentemente arábigas en su origen; pues esto equivaldría a desdeñar al abuelo de una persona, porque se ha puesto de manifiesto la filiación de ésta respecto de su padre. El Arabe es una miserable rapsodia de la Lengua de Moisés, David y Salomón<sup>28</sup>.

<sup>27</sup> La reiteración de este procedimiento en todas sus traducciones al español constituye el aspecto más peculiar de García Blanco, que, con otras razones, invalidó muchas de sus traducciones ante un sector de especialistas.

<sup>28</sup> Aquí incluye una amplia nota insistiendo sobre «el paralelismo que con frecuencia se halla entre nuestra lengua y la hebrea», como se manifiesta en «multitud de palabras, frases, giros y locuciones españolas, que son hebraísmos puros, y que no tienen adecuada traducción al latín, ni al alemán, ni al francés ni al inglés, ni a ninguna de las lenguas modernas».

Para comprobar la exactitud de muchas equivalencias españolas, que no entendieron ni pudieron aprovechar los lexicógrafos extranjeros, ha creído oportuno dar traducidas en el discurso de la obra gran número de frases bíblicas, tantas, que bien puedo asegurar que, a pequeños retazos, y excepción hecha de muchas que hay repetidas en la Biblia, mi obra es una traducción compendiada de ésta, como echará de ver el lector, a poco que fije su atención en el apéndice que intento poner al fin del *Diccionario*.

#### 7. [*Genio y figura*]

En éste, por último, he querido aparecer como soy: no sirvo más que a la Verdad, porque sé que nadie puede servir a dos señores; procuro conservar mi serenidad de espíritu y mi imparcialidad de criterio, a fin de no caer en el precipicio filológico a que conducen la preocupación, la hipocresía o la necesidad de servir a dos señores, a intereses encontrados de convicción y de religión o escuela determinada, por respetable que ésta sea o parezca.

He aquí por qué, puestos los ojos en el augusto altar de la Ciencia, y apartándolos de torpes y engañosos convencionalismos, que, si suelen dar medro, dignidades y honores, quitan, de seguro, dignidad y honor y mérito a una obra y a su autor, he traducido las voces hebreas e interpretado los pasajes con entera independencia, con absoluta libertad, sin añadir las letras, vacías de sentido, O.S.S.R.E.I.; en su lugar digo que todo lo que escribo, lo sujeto al juicio crítico de todo inteligente<sup>29</sup>, no de todo católico o protestante, sino de los que entienden la letra y consultan la razón y la verdad y la verdadera piedad. No leo, ni he leído nunca, en la Biblia lo que pudieran mandarme leer, sino lo que como

<sup>29</sup> Bajo la tachadura, todavía se puede leer a continuación: *no de todo fiel cristiano*.



hombre y como hebraizante me aconsejo a traducir<sup>30</sup>. Con tales antecedentes, ya se explicará el lector por qué añadido a veces, por qué rectifico en este libro, así como en cuanto sobre Hebreo he escrito en el largo discurso de mi vida, cerca de millares de errores que hallo en las versiones bíblicas, especialmente en la Vulgata latina, y en la deplorable del P. Felipe Scío<sup>31</sup>.

Advertirán mis lectores que acepto sin repugnancia raíces contrahechas o ficticias que introduce Gesenio en su *Diccionario*, para dar origen a multitud de palabras y a nombres propios que, de otro modo, quedarían insignificantes e inexplicables, siendo así que en Hebreo no se dio jamás nombre a persona o cosa, que no guardase perfecta analogía con la cosa o persona que expresaba. Hizo, pues, muy bien Gesenio en incluir en su libro muchas raíces que ciertamente no se hallan en la Biblia; pero se hallan nombres que las suponen y que casi siempre se alcanza su significación, por el Arabe, por el Caldeo, Siríaco u otra lengua de Oriente. De este modo han venido los nombres propios a completar la Lexicografía de la Lengua; y sin necesidad de Onomasticon o Vocabulario de nombres propios, se traduce perfectamente la Biblia, y tal vez, con el cultivo de las lenguas orientales, se aumente el caudal de la Hebrea, reducida hoy casi exclusivamente a los estrechos límites de la Biblia.

Con esto también y con la propensión que tengo a ciertas digresiones en mis escritos, conseguiré que sea éste, como debe ser todo libro, el espejo en que se refleje el autor, todo el autor; que sea un retrato, una fotografía que exhiba al que representa, con sus defectos todos, con sus imperfecciones y sus gracias. Esto fue lo que me propuse al escribir mi *Diqdûq*, y lo conseguí de tal modo, que mis discípulos al leerlo dicen que

---

<sup>30</sup> Los dos renglones que siguen en el original están tachados de tal manera, que es imposible leer lo que en ellos se decía.

<sup>31</sup> Esta fue la obsesión traductora de toda su vida, que le acarreó innumerables sinsabores y disgustos.

les parece estar oyendo mis explicaciones o conferencias en cátedra, y se aligeran un peso del peso abrumador de un razonamiento continuado y de la sequedad y estructuras de un Diccionario, de una Gramática, de un libro cualquiera didáctico, principalmente oriental. Ciertas genialidades, ciertas extravagancias, pudiera decirse, que aparecen en mis libros todos y que no escasean en éste<sup>32</sup>, córtelas y hágalas saltar el que quiera o, mejor dicho, el que no quiera de mi fábrica más que la severidad de la doctrina, el hilo sagrado y seguido de la urdimbre o trama. Escritas están, estampadas están; sirvan, al menos, para amenizar algo la aridez del estudio y la sequedad de mi estilo.

Reflexiónese empero, que éste es el *Primer Diccionario Hebreo-Español* que se escribe; que ni Arias Montano, ni Fr. Luis de León, ni el preclaro jesuíta Pineda se atrevieron más que a traducir, el uno el *Génesis*, el otro el *Job*, esotro a rectificar la traducción y la lexicografía de Xantes Pagnino; mas obra original y completa de esta clase, *Diccionario Hebreo-Español*, ninguno; yo solo, por mi poca aprensión<sup>33</sup>, me atrevo a poner mano a una obra *angelicis humeris formidanda*, como dice el *Catecismo Romano*.

Más téngase en cuenta —y esto me anima— que a ninguna lengua puede traducirse mejor la Biblia que a la Española; ninguna lengua ofrece como la nuestra este poco hipérbaton, esta variedad y modificación de frases, esta gracia natural para decir, esta concisión, esta energía verdaderamente oriental, esta brillantez de figuras y colorido, esta armonía imitativa, este calor natural. Esta ingenuidad, esta verdad siempre y en todo, ¿quién la tiene, ni quién la ejercita mejor que el español? Esto me movió a emprender, ya mucho tiempo ha, la traducción, una traducción de la Biblia, cuya muestra fueron los *Salmos* y las *Lamentacio-*

<sup>32</sup> También en este punto hay dos renglones ilegibles.

<sup>33</sup> Sigue un renglón totalmente tachado por la misma mano que los anteriores.

*nes de Jeremías*; esto mismo, y mi deber como catedrático, me impulsaron a escribir una *Gramática*, cuya agotada edición ha venido a ser reemplazada por un compendio que hice de ella y que ha editado recientemente el Dr. D. Francisco Mateos Gago, catedrático de Hebreo en la Universidad de Sevilla; y esto todo, y las instancias de discípulos muy aventajados, y el Gobierno, que me dispensó de asistir a cátedra ahora veinticinco años, para que pudiera reponer mi salud y dedicarme a la formación de un *Diccionario Hebreo-Español*, me han comprometido hasta el punto de darlo todo por concluido, por mi parte, a la edad de ochenta y cuatro años.

Mas si dificultades hallé y he vencido, a mi modo, para escribir el Libro, mayores son aún, mucho mayores, las que presiento y me asaltan para su publicación. El atraso de la tipografía en España; la falta absoluta de tipos hebraricos y de oficiales que los manejen; el respeto debido a una obra que ciertamente no veré concluida; el poco aprecio que se hace entre nosotros de estudios serios y de obras anticuadas; la ninguna esperanza que me anima de que mejore la suerte de la Lengua, así como ni la del pueblo que la habló; el temor de nuevas complicaciones políticas y religiosas; la moda que veo se dirige hacia todas partes, menos a estudiar tan serios (y) distantes como los de Oriente; la falsa piedad que se generaliza y ocupa el puesto de aquella verdadera piedad oriental, literaria, científica, política, humanitaria, de la Palestina; la falta de fe ilustrada, de esperanza sólida, de amor verdadero, de virtudes cívicas, domésticas, temporales y eternas; esta insubsistencia en todo, que lo que hoy es, ya mañana no será. Todo ello me inquieta, me desanima, me retrae de hacer un supremo esfuerzo para dar a luz esta obra y ver realizados mis últimos deseos.

No obstante, tentaré, (intentaré lo imposible; que mayores cosas ha hecho que se realicen en mí y por mí en esto de aprender y enseñar la Lengua Hebrea,

quien trajo desde la América Central a Osuna a un dignísimo sacerdote, para que me iniciara en tan original idioma; quien me sacó de aquí para que oyera y admirara a Orchell y me aficionase más y más a su estudio; quien me deparó libros que nadie tenía entonces, y me dio *Biblia* y *Diccionario* de Simonis, nuevos, vendidos expresamente de Alemania para mí y otro discípulo cuando no había este comercio internacional de libros, ni quien trajera uno de los mercados de Leipzig; quien me puso delante, en un baratillo de libros de la calle Carretas, un Juan Schultens (*Orígenes*), un Alberto Schultens (*Disertationes Philologicae criticae*), una *Gramática* de Schroeder, un Guarino, un códice, en fin, cuatro códices, para que estudiara en ellos lo que jamás hubiera pensado saber de la Biblia, de Masorá, de Qábala, de Talmud y Targum, de Comentaristas, Expositores y Gramáticos; quien me ha permitido reunir en un estante hasta cincuenta gramáticas distintas, antiguas y modernas; quien echó sobre mí la bendición para que de pobre hijo de un médico, catedrático de la Universidad de Osuna, que llegó a reunir, sobre una dilatada y pobre familia, una renta de catedrático de *cien ducados anuales*, pagados por tercios (como para que no los gastara de golpe), llegase a ser catedrático de Filosofía y Letras, y hoy jubilado con 24.000 reales anuales; quien ha hecho y dejado ver sobre mí tan verdaderos prodigios, hará (*faxit Deus!*) que pueda ver la luz pública esta última obra del último de los hebraizantes españoles. *Faxit Deus!* Hágalo Dios! Osuna, 18 de julio de 1884. Antonio M. García Blanco (firmado y rubricado).

Por la transcripción:  
*Pascual Pascual Recuero.*

Primer Diccionario Hebreo-Español

original de

el Dr. D. Antonio M.<sup>a</sup> García Blanco

catedrático jubilado de lengua hebrea

de la Universidad Central.

Delante, en un baratillo de libros de la calle Carretas, un Juan Schultens (Orígenes), un Alberto Schultens (Dissertationes Philologicae Philologicae criticae), una gramática de Schroeder, un Guarino, un códice, en fin, cuatro códices, para que estudiara en ellos lo que jamás hubiera pensado sabe de Biblia, de Masora, de Babala, de Halumid y Targum, de Comentaristas, Expositores y Gramáticos; quien me ha permitido reunir en un estante hasta cincuenta gramáticas distintas, antiguas y modernas; que edró sobre mí la bendición para que se pobre hijo de un médico, catedrático de la Universidad de Osnna, que llegó á reunir, sobre una hilatada y pobre familia, una renta de catedrático de cien ducados anuales, para dos tercios (como para que no los gastara de golpe), llegase á ser catedrático de término de la Universidad Central, decano de su facultad de filosofía y Letras, y hoy jubilado con 24.000 rs. anuales; quien ha hecho y dejado ver sobre mí tan verdaderos prodigios, hará (faxit Deus!) que queda ver la luz pública esta última obra del último de los hebraístas españoles. faxit Deus! ¡Bendigo Dios!

Osnna, 18 de Julio de 1884.

Antonio M. Garcia.  
Blanco.